

PÍO CID TRABAJÓ EN EL PENSAR TRÁGICO. ESPAÑA FIN DE SIGLO, 1898

Milagros POLO

Universidad Complutense de Madrid

BIBLID [0213-2370 (1998) 14.1: 59-72]

La figura de Angel Ganivet se ubica en el contexto de un "pensar trágico" que afectó a escritores europeos y españoles. La literatura le sirvió como medio de conocimiento en lo que tenía de escritor "intelectual" y como pasión estética en su epos romántico. La obra de Ganivet es el esfuerzo de un joven por salvar un "edén" y conquistar un "reino". Su escritura, hoy, aún sigue como una huella viva y rica de su fugaz y trágico destino.

This essay aims at including Angel Ganivet in the context of the "tragic thinking" as an European and especially Spanish phenomenon. Literature was for him a mean of knowledge as an intellectual, and a aesthetic passion as a romantic. Ganivet's work stands as an effort both to save an "Eden" and to conquer a "Kingdom".

Se puede aventurar que, dada la apretada obra escrita en pocos años, Ganivet fue una figura clave del fin del siglo XIX en nuestra tradición española. Su temprana salida a Europa, su fino sentido de observación, una cierta tendencia mesiánica, una formación netamente española en un sureño lugar de la Península, una apetencia ambiciosa por el "saber", una delicada sensibilidad "romántica" en el viejo sentido naturaleza/ amor, como equilibrio arriesgado a su proyección de "progreso": todo ello unido a los factores indudablemente sicobiológicos, dieron una compleja personalidad creadora de pensar trágico.

No era una misma "salida" la de Ganivet y la de los otros compañeros de viaje, aunque el indudable contexto histórico español sí lo fuera; no sólo el origen social del que provenía, sino su encaramiento al "mundo", que le diferenció especialmente.

Lo que nos ha dejado Ganimet es una obra inicial, tensa, rápida, acaso demasiado apretada, "infatigablemente" voluntariosa; elaborada con prisa de ser y de decir, tanto en el discurso ficcional y proyectivo, cercano a lo que los alemanes han definido como "novela de formación", como en el resto de sus escrituras. Narraciones cuajadas de sugerencias, por todo lo que elaboran y disciernen, por la calidad de sus atisbos. Algo no diferente por su ambición, y por el momento histórico crítico, que nos recuerda otras obras escritas en periodos parecidos; precisamente en el cruce de destinos y acabamiento de un tipo de creencias, como fue el "fin de siglo" español, y el europeo con mayor radicalidad. Negación del mundo, detestación de lo real que llevará al escritor a un continuo litigio reflexivo e "infatigable". La obra de Ganimet es suficientemente sugerente y valiosa por lo que guarda de futuro no cumplido; las dos novelas, el drama y los ensayos muy especialmente. Un libro primero sobre su ciudad natal, Granada, pasa del pintoresquismo del XIX que se esperaba, a innumerables atisbos que no desdeciría la futura Bauhaus. Toda la escritura de Ganimet es un hervidero de tragicidad. La esencia de ello es la sugestión heroica de Ganimet, el auto-denominado "escultor", no sólo del alma, sino de un pueblo, de una humanidad, si fuera posible. La voluntad de creación y cambio frente a la inanidad del transformar. Ese combate está gravitando constantemente sobre Ganimet, una acción frenada por el nihilismo en ciernes.

En los *Trabajos* rezuma el esfuerzo de armonizar, diríamos lo viejo y lo nuevo, tradición y modernidad, no "modernismo" obvio. Pero cabría la pregunta que, como indica García Mercadal, hizo Costa a Ortega: "¿Puede España ser una nación moderna?".

El "viento moderno", visto ahora en este otro fin de siglo, no ha dejado de soplar, y parece haber conseguido en parte algunos de los proyectos ganivetianos. Han tenido que suceder a muchos años del episodio trágico del "98". El espectacular cambio en el espíritu y en la materia del "pensar español" no estaría muy alejado de esa misma tensión heroica ganivetiana, la no pérdida del "espíritu", la radicali-

dad del "espíritu territorial", el amor a la tierra y la desconfianza de la "técnica", tal como un alemán de la promoción siguiente señalizase, Martin Heidegger (ver Viúello).

Lo mismo ocurre con la censura del capitalismo inhumano, junto a la necesidad de una evolución de progreso y técnica humanizada. Un siglo después de Ganimet, el pensar trágico está en nuevas contiendas actuales más acentuado. La preocupación por las ciudades, la pérdida de la "naturaleza" y el deslizamiento a las metrópolis inhumanas, está ya prefigurado en *Granada la bella*. Hoy el problema se agiganta, como una revelación ganivetiana entre internacionalismos y nacionalismos radicales.

Para Ganimet existe la "patria" y otra más universal, espiritual, accesible a unos pocos que deben trabajar por ella, la comunidad de los hombres, pero salvando las diferencias o la individualidad; la pluralidad que no debe anular al individuo creador en nombre de un "poder anónimo" (ID, 123), de ahí su crítica al internacionalismo: "Todo cuanto viene de fuera de un país, ha de acomodarse al espíritu del territorio" (ID, 56).

En la textura rica de su escritura se otean los grandes problemas y las pequeñas empresas de esa época que le correspondió a Ganimet. En el entramado de vida y obra están apuntados los eventos de la estética y la política, nunca separadas. Esa complementariedad tensa le lleva a teorizar el fenómeno literario, entre "sentimiento e idea" —Unamuno diría "pensamiento".

Ganimet no elegirá la retórica o la estética, antes será la dualidad fondo-forma, indiscutible: "ni sentimentalismo, ni hinchazón" (ID, 327). Sus ataques a lo que lleva nombres de ala izquierda o su, en ocasiones, fuerte conservadurismo, habría que cernerlos; hay que comprender al hombre en su "circunstancia" y en su "relación" o no lo comprenderemos —como pensó Ortega—, pues de lo que se trata es de eso justamente, de burlar los fanatismos escolásticos y "ortodoxos" de cualquier secta.

La posición fronteriza, siempre, aunque algunas veces se contradice por la parquedad fragmentaria de sus textos, ágiles y, a veces,

poco elaborados, y especialmente escritos por un "joven" asombrosamente lúcido.

En los seis trabajos de Pío Cid se puede seguir el friso de sus preocupaciones:

1) la educación, 2) la teoría filosófica, 3) teoría literaria, 4) la política española; y el 5 y 6), sobre la "mujer" especialmente. Un tema, el de la "mujer", que no escapa a ninguno de estos hombres finiseculares y que Antonio Machado, el "benjamín" del "98" cronológicamente, elevará con Abel Martín a la categoría de lo metafísico.

Hay pues un orden de atención próximo a las vivencias de este joven Gánivet. Educación, teorización del mundo, la literatura, la política y el llamado "eterno femenino", candente si pensamos en un hombre de finales del XIX y educado en unos principios religiosos, condimentados con filiaciones árabes.

La misma escisión se produce, la misma tragicidad entre lo que desearía de una mujer y lo que encuentra, entre sus ideas tradicionales sobre ellas y la imposibilidad de que ellas progresen. La tragedia del litigio entre ideas y creencias. El predicar, pero no con él ejemplo. Como le contesta la figura femenina en el trabajo sexto: "Con esas ideas de usted, adiós religión, ley moral" (TPC, 450).

La continua autocritica que se diluye en sus personajes y figuras, tanto en Pío Cid como en el "escultor", y en el "colonizador" del Reino de Maya: un solo autodestructivo creador trágico. Gánivet tiene conciencia de lo que supone esa "modernidad" que adviene, y es ese litigio interior lo que le va reduciendo en sus proyectos posibles y en sus melancolías de romántico esencial. Y aplico a "esencial" un sentido hölderliniano, de búsqueda de integración entre Hesperia y Grecia, entre Oriente y Occidente.

Tampoco ha sido una figura especialmente atendida, con la lógica paradoja de que para unos resulta un conservador y para otros un progresista. El propio debate interno ganivetiano sucede en esa frontera trágica. Partiendo de esa frontera, como ha visto Guillermo Carnero (15ss.) en jugoso ensayo sobre Unamuno, aplicable sin

duda aquí, entendemos desde entonces, desde esa franja finisecular, como escritor "intelectual" diferente del sólo es escritor.

Es desde ese concepto de "intelectual", que sustituye al de "escritor", desde donde podemos leer a algunos relevantes hombres del 98. Especialmente porque ya no se trata sólo de una ocupación literaria, aunque ésta ha sido primordial a la hora de "pensar", como ha visto María Zambrano (273-298), por la falta de reflexión teórica libre en un país largamente ortodoxo y "codificado"; ha sido nuestra más radical literatura la que ha "pensado". Pero pertenece sobre todo a esta promoción el poder pensar aliado a lo "literario"; la amplia red de preocupaciones que enlazan al individuo con la sociedad, miembro solidario y activo que es necesario que se comprometa con el cuerpo social y se atenga a las consecuencias.

No será esto una pérdida, no lo ha sido nunca. Gánivet es un escritor "intelectual". Desde entonces se puede seguir bien cuáles son los itinerarios de esta clase de "escritor"; y es probable que los gustos por estos dos tipos de escritores sean bastante claves y sugerentes en lo que entendemos por "modernidad", no sólo para el que escribe sino especialmente para el receptor.

Acaso sea uno de los frutos cuajados de la modernidad, del XX sobre todo; muchos nombres finiseculares de Europa, en la primera fila del arte y el pensamiento que han cambiado la estructura mental y los valores. La razón parece obvia: desprotegido el individuo, cada vez más, de los "casquetes protectores", tanto teológicos como retóricos y estéticos, el discurso literario integral será reflexivo y trágico, un modo de conocimiento y de pasión, al modo unamuniano y obviamente de Gánivet.

Una de las constantes en los escritos de Gánivet es la reflexión desde un horizonte heredado, muy delimitado, y desde el que va teniendo que destruir y construir a la vez. En principio, del orden religioso y político, después engarzado en el estético.

La filiación y la problemática de la "generación" que nos excede ahora, también debaten esos problemas. Acaso pensar esta promoción que se mueve entre los llamados modernismo/ noventaio-

un balancín poco tranquilizador. El pensar trágico obliga a esa tensión fronteriza, entre una mística, que él diferencia en "positiva y negativa", a la que define como un misticismo sureño, frente al misticismo nórdico (ID, 312), junto a la no perdida necesidad de acción. Esa voluntad de acción española — escribe — debe pasar por las "herejías", a modo de especias, pero conservando el sabor y los condimentos de la tradición (DI, 307). Lo mismo sucede en otros temas como la poesía y el arte; el mismo fondo "romántico", asediado por el "artificio": "La poesía debe nacer al aire libre... del terruño salvaje, no entre las alfombras" (ID, 320). Acaso la definición sería la indicada por él, "mesura y audacia".

Sería preciso analizar diversos estratos interdiscipliniales para captar el proceso más objetivamente. No es posible aunar, pero sí contrastar, generalizando, lo que sucedía por esas fechas en Viena, París, Roma o Berlín... pues las distancias y los microclimas culturales difieren, pero una misma onda perceptible los unía. El viento fuerte de una modernidad forzada que arrasará las almenas de las tradiciones. Y es en esos años finiseculares europeos, en indudables gradaciones, cuando se produce ese crecimiento, construcción y destrucción, como caras de una misma moneda. Acaso uno de los análisis más lúcidos de ese horizonte lo dieran algunos brillantes ensayos de Walter Benjamin — "París, capital del siglo XIX" o "Sobre algunos temas en Baudelaire" — años más tarde; pero su fino análisis nos puede dar claves de esa trágica escisión que aquejó a los hombres de finales del XIX. Porque Benjamin, obviamente no coetáneo, representa bien a los escritores de esa estirpe de irrenunciable espiritualidad y tentación moderna, como Ganimet. Es el mismo combate entre "modernidad" y "espiritualidad" o en una categoría más universal, donde desde lo teológico a lo estético todo se conmueve, no sin alto precio.

La tradición española es básicamente árabe (ID, 47), muy especialmente subrayada por Ganimet; y esa inclinación orientalista se resiste contra la técnica y el progreso occidental. Igualmente sucede con sus ideas sobre un posible pensamiento africanista e hispanoa-

mericano (ID, 354) en una identidad diferente de los designios de Europa.

Hay siempre en Ganimet un rechazo del materialismo y del "capital", a la vez que trata de conciliar el "espíritu" y el "progreso", que él observa agudamente en sus estancias por Europa. Acaso convendría definir la situación de Ganimet como una forzada inclinación al senequismo como vuelta a la renuncia estoica, por otra parte tan enraizada en nuestro pueblo. Para Ganimet, el elemento moral, la constitución ideal de España, es el estoicismo de Séneca. Y lo diferencia del estoicismo de Carón, de Marco Aurelio y de Epícteto. El de Séneca, es el más humano, y es esencialmente español (ID, 314).

Sobre el senequismo como constitutivo del ser español y su latitud mística, como impasibilidad y rechazo de la realidad, Ganimet asume ese especial nihilismo de fracaso, de rechazo e inanidad, que es lo "contrario" de esa pasión voluntariosa que desea. Se queda flotando en una tierra de nadie: "el espíritu que abandona la realidad por demasiado baja no puede elevarse a la infinitud por demasiado alta y se queda vagabundo por los espacios, ni más ni menos que un 'cesante'" (ID, 313). Cesantez o apatía ante lo irreductible del caos que no puede convertirse en cosmos. Ese desencanto, ese estoicismo, son muy fuertes en una nación acostumbrada a la retracción constante desde casi siempre. Es la filosofía popular de nuestro pueblo, el dicho "es un Séneca", supone una integración y una sabiduría ética ante los azares del mundo; se hace por otra parte renuncia a la infinitud, la esperanza y los sueños posibles. Cuajaba por tanto bien el senequismo al joven Ganimet, desilusionado en tantos aspectos, aunque voluntarioso en sus infatigables trabajos: "Con el tiempo llega uno a convencerse de que está de más en el mundo... Las consecuencias de este modo de ver son las de la moral panteísta o las de la moral estoica, sin meterse en dibujos" (ID, 262).

Al constatar la herencia tradicional, el genuino ámbito de España y su contexto, comprendemos mejor el "infatigable" trabajo de Pío Cid.

La figura de Ganivet es sin duda simbólica de los avatares de un joven del "sur" de España, embarcado en viajes europeos, con el lastre pesado de una tradición y la indudable pasión de cambio. Ganivet supera de entrada a los otros noventaiochistas, se adelanta en el espacio y bebe de fuentes de primera mano, los climas, paisajes y culturas de una Europa obviamente mucho más "moderna" que la España desde la que llega. No es posible olvidar dos figuras que le anteceden en la tradición nuestra, Cadalso y Larra, viajeros por Europa, censores de los vicios y alentadores de posibles cambios, tensos entre la tradición y el progreso, con un destino fatalmente precipitado como en el caso de Ganivet.

Son muchos los estudios que han sedimentado una sólida cuestión del pensar español, con frecuencia más brillante en el "curso literario" que en otros discursos, y que acaso mejor deberían llamar "trágico", escindido. Y que aparece como Scila y Caribdis en la más radical expresividad española, en la literatura, como vio Dámaso Alonso, y en la pintura, entre las categorías del ideal y la belleza y una realidad abrupta y siniestra, como en Velázquez, Goya, Solana y... Picasso.

Ganivet es un prototipo de esta escisión trágica. Tenemos claros antecedentes, desde Quevedo con su siniestralidad acosando el orden ortodoxo católico; los ilustrados y románticos, pasando por lo propiamente "literario" de Galdós y sus "dos Españas"; de Cadalso a Larra, de Jovellanos a los pensadores del "novecientos" y de estos a los actuales Eugenio Trías y Fernando Savater, dos escritores que persiguen la misma "polaridad de frontera" cada uno a su modo.

Ese discurrir que allega en diversos "episodios nacionales" tiene uno de sus puntos críticos en los escritos ganivetianos. Ese círculo maligno y profundamente vital o experiencial, eminentemente individual del sujeto Ganivet, se va tramando en una serie de dobles abstractos, por demasiado teorizados ya, pero eficaces a la hora de abordar la tragedia del escritor: España/Europa, casticismo/ internacionalismo, Dios/Nada, colectividad/individuo, eternidad/nihili-

lismo, idealidad femenina/ misoginia, estoicismo/ cinismo, espiritualismo/ materialismo, Arte/ Mercado, Fondo/ Expresión, Sublime/ Grotesco, Serio/ Irónico, Amor/ Odio.

Podríamos señalar más. Todos los dobles se complementan y se combaten justamente en el individuo que reflexiona con pasión y con lucidez; y así, hasta poner sobre el tapete sus propias e intensas controversias, más enconadas y simplificadas en España que fuera. Basta comparar los nombres de los intelectuales que transformaron las viejas visiones del mundo por esos años en Europa, y los cuarteles de la política y la estética en España.

Las diversas "salidas" a estos problemas, nos las dan, cada uno a su modo, las escrituras tensas de los hombres del 98 o sencillamente los finiseculares del XIX.

Ganivet no tuvo vida suficiente para irse autodefiniendo como sus coetáneos, pero es por su juventud el más perfilado. Cualquiera de los grandes escritores "intelectuales" sufre una larga transformación en ética, en estética y en política. Ganivet no tuvo vida para experimentar y escribir todo ese desbordamiento, ebullición y oculta explosión que supuso su experiencia de "fin de siglo". Pero acaso sea esa fragmentaria pasión, ese "inafugable trabajo", especialmente fabulador, del joven Pío Cid, lo que nos dé una línea trágica de lo que sería su escritura futura. Bastaría compararla con las promociones anteriores y posteriores a él para ver esa tensión heroica y fatal del escritor granadino en el horizonte explosivo que le tocó vivir.

Obviamente, por nuestra cultura religiosa, fatalista, senequista, perpleja e inmóvil, de muchos años, las semillas estaban sustancialmente integradas en las experiencias de los jóvenes que arriban al 98. La tensión era especialmente dura respecto a otra época por los desenlaces políticos que se sucedieron, y lo tenían particularmente difícil, según la mirada de cada uno, desde la heroicidad a la mística estética, o desde el anarquismo al esperpento. Era un imposible trágico. Trágico especialmente, pues aparecía en su fastuosidad de Destino, o de Providencia —en términos creyentes—, más que en

los condicionamientos de la Política y la Sociedad, que gobernaban de "tejas para abajo". Como en los lúcidos versos de un poeta de los "50", que retoma la "historia", Jaime Gil de Biedma: "Quiero creer que nuestro mal gobierno/ es un vulgar negocio de los hombres/ y no una metafísica".

En la obra de Ganimet siempre está presente la "transformación" que espera, no la "evolución", ni la "revolución" que se engarza con concepciones difíciles de aceptar para Ganimet, eminentemente espiritualista. Su ascesis espiritual le lleva a pensar en una "esencia eterna" del hombre, que precisamente se irá desarrollando a través de dicha ascesis (TPC, 161).

El "escultor de su alma" es también el escultor de un pueblo. Lo "territorial" como herencia romántica transformada, indudablemente estará muy presente en Pío Cid.

El "lugar" del hombre, el amor al "terruño" son el soporte del héroe, pero no hay que confundirlos con el concepto "nacionalista". La colectividad y la individualidad se debaten como dos alas en el origen romántico que cierra la "clasicidad" de organización teocrática y política. De ahí los indudables aspectos románticos de las figuras literarias que llevan casi siempre a un fin social, tal como vemos desarrollarse en los trabajos de Pío Cid. Sus seis trabajos son trabajos pedagógicos e intentan esa "transformación": corregir a los estudiantes, gobernar a las Amazonas; en este caso el objeto extraño es paralelo a su estancia en otro lugar no civilizado: "el Reino de Maya". Siempre una pedagogía, un ideal de transformación.

Los trabajos últimos relacionados con el problema de la "mujer" son claves, bastaría comparar sus ideas sobre el amor y la mujer con algunos otros noventaiochistas. Especialmente por eso que Antonio Machado denominó "la sed metafísica de lo esencialmente otro", y la distancia de los encuentros reales que un espiritualista como Ganimet tuvo con ese "otro" diferente, así como la observación de las mujeres europeas, las soluciones que propone y el ideal que para él sería idóneo. Hay una valoración del sentido de lo femenino, de ahí la preocupación por la mujer que le lleva a decir que para transfor-

mar una nación, elegiría "la transformación de las ideas estáticas del hombre respecto de la mujer" (ID, 72).

Ganimet, por una inquietud especial, pues no podemos sólo achacarlo a su fracaso universitario, sale de España, y recorre y vive en el extranjero. Esto es importante, porque no son muchos los escritores españoles que han tenido esta experiencia durante ese horizonte histórico, salvo viajes esporádicos.

Podríamos casi asegurar que la mala conjunción del fracaso en las oposiciones y esa decisión de salir al extranjero, eliminaron las posibilidades de una vida más en armonía con su carácter y su esencial raigambre romántica. Pero fue su estancia en Europa la que aumentó la polaridad de sus conceptos de la vida, la tensión de su "pensar trágico", y es precisamente su tarea de héroe, de joven héroe de infatigables reflexiones, la que le conduce al destino final y a una obra incipiente y reveladora, a un protagonismo ético de la voluntad que le sume en nihilismo o en senectismo, más español. Hay una aspiración sin límite en Ganimet, una distancia entre el querer y el poder hacer. Tuvo el convencimiento de que lo "superior" es el espíritu, pero es impotente. Esa fue su tragedia.

ABREVIATURAS

ID= *Ideario*

TPC= *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*

OBRAS CITADAS

Carnero, Guillermo. *Las armas abisnias*. Barcelona: Anthropos, 1989.

Ganimet, Ángel. *Ideario*. Madrid: Afrodisio Aguado, 1964.

—. *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*. Madrid: Cátedra, 1983.

- García Mercadal, José, ed. *Ideario de Joaquín Costa*. Madrid: Afrodiseo Aguado, 1964.
- Gil de Biedma, Jaime. *Las personas del verbo*. Barcelona: Barral, 1975.
- Vitiello, Vincenzo. *Scienza e técnica nel pensiero de Heidegger*. Milano: Il Pensiero, 1973.
- Zambrano, María. *Obras reunidas*. Madrid: Aguilar, 1971.

RELACIONES HUMANAS EN CERVANTES
 EL LICENCIADO VIDRIERA Y
 EL CELOSO EXTREMEÑO:
 LAS EXCEPCIONES QUE CONFIRMAN LA REGLA

Idoya PUIG

Manchester Metropolitan University

BIBLID [0213-2370 (1998) 14.1: 73-88]

Cervantes usa parejas de amigos con frecuencia como medio para expresar varios puntos de vista sobre un mismo hecho. Los protagonistas de las novelas que analiza, Rodaja y Carrizales, son personajes solitarios que, por carecer de amigos, fracasan en su conocimiento de la realidad. Confirman así la tesis de Cervantes sobre la necesidad de tener amigos para contrastar opiniones y alcanzar una visión más objetiva de la realidad.

Cervantes often presents pairs of friends in order to express a variety of points of view of the same event. The protagonists of these two short stories, Rodaja and Carrizales, are two loners who do not have friends and, as a consequence, they fail in their understanding of reality. They thus confirm Cervantes' belief in the need of friends to exchange opinions to reach a more objective view of reality.

Cervantes presenta a menudo parejas de amigos en sus *Novelas ejemplares*. Se les puede observar relacionándose entre ellos y disfrutando así de una experiencia mutuamente enriquecedora. La amistad es una de las relaciones humanas que puede contribuir en gran manera a conseguir una percepción más completa de la realidad, al permitir la posibilidad de ofrecer varias perspectivas de un mismo acontecimiento. Un individuo solo puede distorsionar la realidad con facilidad. Por eso, la presentación de parejas de personajes es una característica tan específica de Cervantes: